

# DE LA ECONOMÍA A LA SOCIO-ECONOMÍA

Raúl González Meyer<sup>110</sup>

## INTRODUCCIÓN

Este documento busca bosquejar una perspectiva alternativa a la neoclásica para interpretar el campo y los hechos económicos, entendidos como las prácticas referidas a la producción de bienes y de servicios, a su distribución, a su uso o consumo y, finalmente, a las que determinan el crecimiento del producto en el tiempo, el ahorro y la inversión. Estas prácticas conducen a –y tienen como base– la relación entre los sujetos a través de ciertos modos que pasan a constituir formas de integración social de las actividades económicas y que conforman sistemas económicos que pasan a ser, a la vez, un objeto en sí del análisis económico. También dichas prácticas económicas conducen y tienen como base la relación de los sujetos con la naturaleza, de la que se extraen materias que son integradas en la producción y el consumo.

La perspectiva que busca entregar un marco de lectura diferente a los hechos económicos respecto de la teoría neoclásica (TNC) la denominaré socio-economía (SE), utilizando un concepto que ya ha sido usado en esa dirección y con ese propósito. Aquí lo usaré en un sentido muy genérico y sin adherir necesariamente a alguna de las varias vertientes que pueden considerarse nutrientes de tal concepto.

En un plano teórico conceptual identificaré los siguientes puntos como bases de una diferencia sustantiva entre la socio-economía y la economía neoclásica.

---

110 Académico de la Universidad Academia de Humanismo Cristiano. Economista, Magíster en Desarrollo Urbano, magíster en Desarrollo y Doctor en Ciencias Sociales. Integrante del Grupo Repensar la Economía.

- i) cómo se establece la relación entre la esfera económica y las otras esferas de la sociedad;
- ii) cómo se entiende el rol que juegan las instituciones en la forma y dinámica que toma la economía;
- iii) cómo se caracterizan las motivaciones de los individuos cuando realizan prácticas económicas;
- iv) a cómo considerar la temporalidad y la historia en la comprensión de lo económico.

La SE se concibe como lugar de recepción y debate entre una serie de corrientes que, al contrario de la teoría económica actualmente dominante, tienen en común que han relacionado el análisis económico con las otras ciencias sociales. En este sentido, estoy asimilando la SE a la perspectiva de análisis de W. Sombart de estudiar la inserción de la vida económica en el amplio contexto de la vida social.

Este escrito ha encontrado inspiración en dos líneas de autores. En primer lugar, en escritos de pensadores clásicos de la sociedad moderna que establecieron una relación estrecha entre las diversas disciplinas sociales para comprender o explicar los hechos económicos. En segundo lugar, en corrientes actuales que, con grados de alternatividad al enfoque económico dominante, han visibilizado el papel que juegan las instituciones y la cultura, los agentes socio-políticos, los móviles solidarios y las redes sociales en la dinámica económica.

## I. LA ECONOMÍA EN LA SOCIEDAD

La primera particularidad del enfoque de la SE es que afirma la interdependencia entre los hechos económicos y los otros hechos sociales. El significado de esta afirmación es que los hechos que llamamos económicos y la organización económica, en general, no pueden ser comprendidos plenamente si no se considera que están conformados, al mismo tiempo, por aspectos culturales, políticos y éticos. Estos úl-

timos constituyen algo más sustantivo que un mero entorno para los hechos económicos, sino que conforman su existencia y modalidades; están en el “interior” de estos hechos.

Por ejemplo, cuando hablamos de escasez de uno o de muchos productos –que pareciera tan particular de lo económico–, en ello está actuando una necesidad o deseo social, lo que se ha constituido con la presencia de fuerzas culturales y que contribuyen a constituir la existencia de esa escasez. O puede estar allí presente la política, pues puede ser que los proyectos políticos de un momento hayan ayudado a generar proyectos de consumo que actúan sobre la necesidad y escasez eventual de aquellos productos. Un ejemplo de esto es la legitimidad que adquiere a partir de cierto momento el acceso a la educación y la salud.

La economía como esfera específica de prácticas asociadas a la producción, distribución y consumo –y sus procesos asociados, como la inversión, el ahorro, el empleo, el dinero, etc.– no puede ser analizada sino en tanto parte constituyente de un sistema de interacciones y fusiones con las esferas del sistema social. Como advierte Granovetter, aun en las sociedades capitalistas de mercado, la economía se mantiene inserta en relaciones sociales que aseguran y explican su forma de funcionamiento. (Granovetter, 2000: 75-114). Esas relaciones sociales no pueden sino ser portadoras de cultura, de ética y de los poderes de su tiempo.

La importancia de esta afirmación, como constitutiva de la SE, es que se contrapone al enfoque dominante, en que la práctica económica se presenta con una lógica propia, encerrada o autocontenida. La TNC liberó al análisis económico de referencias a aspectos culturales, políticos y sociales en la explicación de cómo ocurre lo económico. Definió su análisis del campo económico desde la representación de individuos aislados que buscan maximizar los recursos de los cuales disponen, en un marco de competencia entre sí en que cada uno determina sus propios fines en forma aislada. Para ello, utilizan cálculos que plasman esa racionalidad maximizadora natural, lo que lleva a usar eficientemente medios en relación a fines y en que son claves los datos que aporta el mercado a través de los precios. Ello lo realizan en la calidad de tres categorías de “sujetos” que pueden

adoptar: empresarios, trabajadores y consumidores. Sin embargo, estos son “sujetos” más cercanos a categorías o sujetos sin historia o trans-históricos. Al lado del error de invisibilización de esa historicidad ocurre, también, que en caso de reconocer aspectos de ese tipo, ello se hace como una deformación de “lo natural” y lo “deseable”. Por ejemplo, la influencia que sobre la economía puedan tener grupos organizados, que democratizan con su acción el funcionamiento del mercado, es calificada como una captura injusta de rentas por grupos de presión<sup>111</sup>.

Concordantemente, para la TNC la representación de la totalidad económico-social viene de la agregación de estas conductas individuales que entran en contacto. Así, se configuran las magnitudes agregadas de la producción, distribución, empleo, inversión, ahorro y consumo. El mecanismo a través del cual los individuos se relacionan es el mercado, en el que se encuentran a través de contratos de compra-venta. El espacio mercantil con sus señales e incentivos va siendo la referencia auto-reguladora para aquellos. Así, esa teoría económica abstrae en su análisis dos situaciones mayores de la realidad: al individuo de la sociedad y a la economía de las otras esferas de la sociedad.

## INDIVIDUO, PRÁCTICAS ECONÓMICAS Y SOCIEDAD

La TNC abstrae las prácticas económicas individuales del carácter de la sociedad. La sociedad es dibujada como la suma de individuos cuyas formas de relación proviene de la orientación interna de cada individuo, centrada en la búsqueda de mayor utilidad. El análisis neoclásico parece ser una interpretación extrema de los análisis liberales clásicos, de raíz anglosajona-escocesa, como el de A. Smith<sup>112</sup>.

---

111 En algunos casos hay intentos desde una matriz neoclásica por dar cuenta de la acción colectiva. Por ejemplo en algunas teorías microeconómicas del trabajo se incluirá al sindicalismo, entendido como una entidad de agregación de conductas individuales que deciden ser parte del sindicato comparando el costo de estar en él con los beneficios esperados a partir de su acción. Digamos que en este caso a la vez se mantiene y se sobrepasa la matriz neoclásica.

112 Digo extrema porque para este, en la “teoría de los sentimientos morales” –previamente y como antecedente de su publicación sobre “la causa de la riqueza de las naciones”–,

Pero en realidad, la acción humana es moldeada por la sociedad y las instituciones (normas formales e informales), y no pueden ser explicadas sólo a partir de una tendencia individual "natural" maximizadora en el mercado (Trigilia, 2002: 29). Realizar esta reducción última significa construir una concepción atomizada y "subsociada" de la acción individual (Granoveter, 2000: 75). Ningún sistema económico puede funcionar y ser explicado exclusivamente a partir de una red de contratos mercantiles libres, de individuos aislados, desprovistos de contextos (Schumpeter, 1983).

En el análisis neoclásico, los miembros de la sociedad, en calidad de consumidores, trabajadores y capitalistas-empresarios, figuran sin una densidad ni contextualización histórica que ayude a explicar sus reales conductas. La sociedad aparece como un telón de fondo pasivo o tácito en el que se inscribe la práctica económica de cada individuo. Esto puede mostrarse para todas las distintas caras que el individuo neoclásico puede adoptar dentro de las actividades. En el caso del consumidor, posee una estructura individual dada de gustos, que en combinación con su ingreso y los precios de los bienes determinará su estructura final de consumo. Dados los valores de esas variables, la teoría precisará cuál es el punto de maximización de la utilidad y hacia dónde las fuerzas racionales espontáneas del individuo tenderán a conducirlo. Los otros consumidores están sólo implícitamente presentes, en la medida que se puede inducir de la teoría que con sus decisiones –pero como un efecto de masa y anónimo– ayudan a definir los precios y las cantidades determinadas en el mercado, lo que influirá sobre la composición de productos que un consumidor determinado, tomado individualmente, finalmente elegirá<sup>113</sup>.

---

el interés individual que se expresa en las acciones de mercado es condicionado por un mecanismo que Smith llama la "simpatía". A través de esta lo que es introducido en el análisis es el resto de los miembros de la sociedad, los que tienen conductas de aprobación o desaprobación, respecto del comportamiento propio, lo que incluye aquel relativo al intercambio con los otros en el mercado. Ello se suma a las sanciones impuestas a quienes violan las reglas formales establecidas y que intervienen para regular los mecanismos establecidos en la esfera económica.

113 En la historia de la teoría han existido formulaciones que han buscado introducir la idea más o menos obvia de que la decisión de consumo de un individuo está influida por la de los otros, y que se consideran aproximaciones heterodoxas sin mayor centralidad

En el caso del capitalista-empresario, los otros aparecen más explícitamente considerados a través de la relación de competencia que los liga. La conducta de un capitalista-empresario específico está determinada o condicionada por una lógica que se impone a todos y cada uno de ellos, que es la de intentar ganar el mercado para sí. El capitalista-empresario está obligado a actuar intentando ganar a sus competidores para efectos de no ser superado por ellos. Se puede desprender que para la TNC la relación descrita es producida “desde el exterior” de los sujetos, a partir de un sistema que los pone en relación compitiendo entre sí.

En el caso del trabajador ocurre algo similar al caso del consumidor en términos de que los otros trabajadores aparecen como una influencia que se puede inducir de la teoría, dado que esos otros influirán a través de un efecto de masa y anónimo sobre los salarios en el mercado y, con ello, influirán en las opciones de un trabajador determinado en términos de la combinación de trabajo y ocio que elegirá, dada su estructura de preferencias a ese respecto.

## ECONOMÍA Y SOCIEDAD

Ligado a lo anterior, el enfoque neoclásico construye una esfera de lo económico, asimilada al mercado, que no necesita ser “filtrada” por lo social<sup>114</sup>. Esto no es correcto por dos razones principales. Primero,

---

para el análisis. Figuran allí “el efecto demostración” de J. Duesenberry, que dice que el consumo de un individuo es influido por el consumo o preferencias de los otros; “el efecto snob” (Veblen), que señala que hay individuos que buscan consumir aquello que no es consumido por otros; y “el efecto conspicuo” (Veblen), que señala que hay individuos que buscan consumir bienes más caros en la medida que ellos los hacen más exclusivos frente a los otros.

114 Este tipo de análisis es, a su vez, históricamente explicable. En el siglo XIX los mercados autorregulados llegaron a ser el instrumento principal del cual dependían la producción y la distribución de los bienes y servicios en los países más desarrollados de la época. El comportamiento económico parecía menos sometido a obligaciones sociales o políticas. El sistema político tendían a centrarse en garantizar desde el exterior los derechos de propiedad y la libre negociación. A la vez, las posibilidades de vida de los individuos dependían cada vez más de la venta de recursos de los cuales disponen en el mercado. Es en ese marco que puede desarrollarse un campo autónomo de análisis enfocado hacia las

porque aun a pesar de la expansión del mercado no toda la economía moderna queda contenida o subsumida en las relaciones de mercado. Hay expresiones no mercantiles y no monetarias de la economía actual, que son de gran importancia en y para su funcionamiento. Segundo, porque aún el mercado, condensación de lo mercantil, no queda enteramente explicado por “leyes propias”, desarraigadas del carácter de la sociedad en la cual existe.

El análisis que desde el enfoque neoclásico se realiza del consumo es un buen ejemplo de cómo describe un aspecto relevante de los sistemas actuales de manera “asocial”, sin conectar esa práctica económica con las otras esferas de la realidad que se están también expresando. Por el contrario, un análisis completo del consumo significa una consideración distinta de “lo social”. Con ello se relativiza fuertemente la idea de la “soberanía del consumidor” que separa a los sujetos consumidores de las condiciones sociales dentro de las cuales toman sus decisiones.

Para el análisis neoclásico, los bienes brindan una utilidad, y es por ello que los individuos están dispuestos a trabajar, que es algo no deseado –pues significa sacrificar la utilidad que produce el ocio–, ya que les permite obtener un ingreso que es lo que les posibilita poder comprar esos bienes y servicios, que sí les brindan utilidad. Con ese ingreso obtenido, los individuos adquieren un poder de compra sobre esas fuentes de utilidad (bienes y servicios) y lo distribuyen entre estos de acuerdo a sus preferencias y a los costos de cada uno. El comportamiento racional conducirá a que el último peso gastado en cada uno de los bienes y servicios le depara una utilidad similar<sup>115</sup>. Finalmente, se puede agregar que desde este análisis, el consumo agregado de la sociedad resulta de la suma de estos consumos individuales, cuya

---

“leyes de mercado” desconectado del contexto social y fundado en la interacción mercantil y contractual de individuos libres y autónomos.

115 De no existir esa equivalencia, el consumidor no estaría maximizando en términos de utilidad el uso de su ingreso, y podría aumentarla trasladando pesos desde los bienes que le deparan menos a los que le deparan más utilidad por peso gastado en ellos. Una condición básica para que este razonamiento sea consistente y permita llegar a una situación formal de equilibrio, es que los bienes y servicios van disminuyendo la utilidad marginal que entregan al consumidor al aumentarse las unidades de consumo de ellos.

lógica ha sido la de la maximización del uso de los ingresos por cada consumidor.

A diferencia de ese análisis restringido, una aproximación desde la SE debe incorporar los aspectos que están involucrados en el acto o deseo de consumir, y en el que pueden estar combinados en variadas proporciones la necesidad de sobrevivencia, el reconocimiento social, el placer, la afirmación identitaria, la adquisición de prestigio o el estar a la moda e integrarse. T. Veblen, por ejemplo, pensaba que el consumo de masas representaba una vía de integración social de los grupos más pobres (Veblen, 1978). Weber lo asociaba a la reproducción del estatus asociable a una clase social, lo que significaba reconocer estilos y distinciones de consumo según clases (Weber, 1992:46-56).

Esos factores para la TNC están dados en la sociedad y no son materia del análisis económico. Su existencia, aunque sin mucha fineza ni exploración, es reconocido, pero como telón de fondo, estático. El análisis se centrará entonces en las reacciones esperables (racionales) de los consumidores cuando los productos de la economía cambian su precio, alterando la condición de partida de su equilibrio. Así, si un producto sube su precio en el mercado, el mismo peso gastado en ese producto, y que le generaba una cierta utilidad, ahora se la brindará en menor cantidad, pues con ese peso adquirirá una menor cantidad de ese bien. Será razonable, entonces, disminuir en alguna proporción la cantidad demandada de ese bien y redistribuir el ingreso liberado en otros bienes, de tal forma de recuperar el equilibrio óptimo de que el último peso gastado en cada bien depare la misma utilidad.

Pero si consideramos aquellos otros tipos de factores que juegan en las conductas de consumo, podríamos observar que ellos interactúan con los efectos que puedan producir los cambios de precios y que están a la base de estos. Por ejemplo, puede ocurrir que el aumento de precios de un producto no signifique una baja de la cantidad demandada, si simultáneamente se eleva su valor simbólico en dimensiones identitarias, de prestigio o de integración social. O, al contrario, la demanda y consumo de un producto pueden caer, aun cuando haya una baja de su precio, si baja su valor simbólico. Estos factores están constantemente



desplazando la demanda y explicando los precios de mercado, dado que influyen sobre las demandas de los bienes.

A esto que se acaba de decir, podemos agregar, como parte de los objetos de análisis a considerar en el consumo, la existencia de estrategias comerciales por parte de los oferentes (empresas). Estos pueden aumentar el significado simbólico o la importancia funcional de tal o cual producto ya existente o que busca ser introducido en el mercado. De este modo, pueden generar deseos frente a los cuales pueden ofrecer bienes con grados diferenciados de calidad y niveles distintos de precios, de manera de dirigirse a grupos sociales diversos. Asimismo, podemos interpretar las políticas empresariales de diferenciación de productos y segmentación de mercados como una acción con un importante componente cultural, que opera en base a distinciones que el oferente quiere producir, basada en valores y representaciones que existen en la realidad o quieren ser introducidas en ella, y en la cual se recoge o promueve el deseo de identidad, de distinción o de integración.

La necesidad de tener en cuenta los intereses u orientaciones de las empresas la podemos encontrar presente en la aproximación de muchos autores clásicos sobre la sociedad moderna. Por ejemplo, en los análisis de W. Sombart a fines del s. XIX se observa un fuerte entrelazamiento entre lo económico y lo cultural. De acuerdo a este, las empresas, para optimizar el proceso productivo y disminuir costos para competir, tendieron a aumentar la producción de bienes estandarizados, fabricados en serie. Esto les obligaba a tener estrategias promocionales que le dieran sostén a estas nuevas escalas de producción. De acuerdo a esta necesidad, las empresas actuarán en la dirección de uniformar las necesidades lo más posible, de manera de generar una "demanda de masas". Así, esta estandarización de las necesidades es empujada por las necesidades mismas del desarrollo de las empresas capitalistas, como manera de sostener sus cambios tecnológicos y de economías de escala.

Sin embargo, a la vez, para que ello ocurriese era necesario que se dieran otros procesos de diverso orden. Por ejemplo, un aumento de las comunicaciones que permitiera la difusión territorial de patrones

de consumo; el crecimiento de las ciudades, que al agrupar población permitiera también la constitución de ese consumo de masas; el aumento de las posibilidades de consumo de los grupos sociales intermedios e inferiores, antes más alejados de tener una demanda solvente; cambios en las pautas culturales tradicionales y rurales de consumo, las que, al mantenerse, segmentaban y diferenciaban la demanda de los bienes de consumo (Sombart, 1998).

Este análisis de Sombart es, antes que todo y de acuerdo a lo que estamos argumentando, un gran ejemplo de cómo fenómenos económicos, culturales y sociales se hacen interdependientes y producen un efecto combinado de gran envergadura, en este caso, con relación a los niveles y estructuras de consumo. Este efecto, no cabe la menor duda, tiene sus implicancias en la evolución y estructura de los precios de los productos, tanto por factores de oferta como de demanda. Los precios evolucionan y los costos de producción varían en asociación con valoraciones sociales, las que, a su vez, tienen que ver, también, con estrategias que pueden tener agentes socio-económicos como las empresas, el Estado o grupos de la sociedad.

Más allá del consumo, la SE, en su intento de comprensión de los hechos económicos, no parte del individuo aislado, exclusivamente utilitarista, para enseguida imaginar la totalidad económico-social como el efecto agregado de esas conductas contractualmente conectadas, dando origen a la producción, la distribución y el consumo de bienes y servicios. Todo ello, al margen de las condiciones y subjetividades de su época y sin considerar que, más allá de lo económico, ningún hecho social resulta comprensible desde la pura agregación de conductas individuales (Trigilia, 2000: 72).

Lo señalado anteriormente conduce a dos preguntas que resultan propias de un análisis desde la SE. La primera es acerca de la relación entre las dimensiones económicas y las otras dimensiones de la sociedad. Esto puede expresarse como la pregunta acerca de la inserción de lo económico en lo social y de la inscripción de lo social en lo económico. La segunda se refiere a cómo ocurre la relación entre individuo y sociedad y cómo esta actúa sobre aquel, influyendo sobre sus conductas en las prácticas económicas. Así, también, a cómo la

acción de los individuos tiene márgenes de libertad que, entre otras implicancias, son la base de los cambios sociales.

Dentro de la primera pregunta, la relación entre la esfera de las prácticas económicas con el resto de lo social, puede ser analizada la perspectiva de K. Polanyi sobre la peculiaridad de la modernidad en cuanto a la ubicación de la economía en la sociedad. Polanyi realiza una crítica respecto de la autonomización o “desincrustación” de lo económico respecto de lo social en las “economías (modernas) de mercado”. De acuerdo a ello, se podría decir que Polanyi caracteriza a la economía moderna como operando libre y de acuerdo a códigos y lógicas propios, “liberándose” de las condicionantes del resto de lo social, como la política y la ética. Aún más, señalando que estas esferas no económicas van siendo modeladas para ser funcionales a la marcha de esa forma de organización económica (Polanyi, 2003).

Esto querría decir que las prácticas económicas de producción, distribución y consumo estarían regidas y se reproducirían por lógicas inmanentes a la economía. Esto ocurriría y sería posible por la existencia de un principio único o dominante de integración de la economía, que sería el mercado, desde el cual aquella se organizaría y reproduciría. La anatomía y fisiología económicas no serían más que el resultado del funcionamiento del mercado, el que posee sus propios principios reproductivos, su propia legalidad. Por ello, entender el funcionamiento de la economía se hace igual, o queda absorbido, en comprender al funcionamiento del mercado<sup>116</sup>.

Sin embargo, lo que exactamente Polanyi nos indica es que siendo esa la tendencia sobre la forma de organización (“integración”) económi-

---

116 Por ejemplo, el mercado conlleva la competencia entre los que intervienen en él; eso conduce a tener conductas que permitan ganar o sobrevivir en esa competencia; ello presiona por disminuir los costos de producción y/o elevar la calidad de los productos; lo que a su vez conduce a organizar de manera más eficiente la producción e innovar en cuanto a la manera de hacer las cosas o el tipo de cosas que se producen. Lo que tendríamos ahí, de manera parcial, sería una dinámica reproductiva de la economía gobernada por principios internos a ella, que están dados por lo que sería propio de una dinámica de mercado. Esta dinámica, a su vez, iría siendo la base sobre la cual se va construyendo el resto de la sociedad de manera de dejar libre el paso a dicha dinámica reproductiva.

ca que se fue difundiendo y haciéndose dominante en el siglo XIX, su realización plena –que podríamos llamar la utopía liberal– se hace imposible. Su segunda afirmación central es justamente que esa orientación es imposible de ser llevada a su límite. La “desincrustación” de lo económico respecto de lo social, si bien caracterizaría a la sociedad moderna, es un movimiento que produce desequilibrios sociales que no puede concretarse como realidad plena.

La razón es que esa autonomización de lo económico, en la medida que avanza, despierta un movimiento contrario de defensa social que busca someter al mercado a ciertos imperativos colectivos y a las esferas de la política, la ética y la cultura, nunca plenamente mercantilizadas o funcionalizadas al mercado. En otros términos, esa “des-incrustación plena de lo económico regulado por el mercado respecto de otras esferas de lo social, es un proyecto imposible porque esas esferas de la sociedad no pueden resistir su total mercantilización y ejercen, también, un rol organizador activo sobre la economía<sup>117</sup>.

Sin embargo, aun aceptando el innegable avance del mercado como mecanismo reproductor de la economía moderna, resulta discutible que su funcionamiento pueda ser explicado sólo por elementos inmanentes a él que están separados del resto de lo social. Autores como Granovetter señalan que ese grado de autonomización es relativo,

---

117 Para Polanyi una serie de movimientos de las primeras décadas del siglo XX, muy diferentes entre sí, como los socialistas o fascistas, fueron expresiones políticas que tenían en común la reacción a un tiempo histórico en que el liberalismo había ido imponiendo una supremacía exagerada del mercado en la organización económica. Además, históricamente, para Polanyi ese mayor peso y autonomía del mercado era una construcción socio-política y no un hecho natural. Ello queda claro en su análisis de la formación de los mercados nacionales en Europa, que no fueron una pura expansión de los mercados locales sino el producto de medidas políticas de los Estados Centrales (Polanyi, 2003, especialmente capítulos IV y V). Asimismo, el avance a la conversión de parte del trabajo y la tierra en mercantiles tampoco fue un proceso espontáneo que obedeciera a una tendencia natural, sino producto de cambios institucionales que muchas veces usaron la violencia. En Inglaterra es un acto jurídico de principios del siglo XIX el limitar el uso colectivo de la tierra para una serie de actividades como la recolección de frutos silvestres o la caza, y permitir el cierre o cercamiento de los terrenos. En el caso de la configuración del mercado del trabajo, considérense, por ejemplo, también en Inglaterra, las leyes que castigaban duramente “la vagancia”, como forma de ejercer un disciplinamiento proletario entre la masa urbana que esquivaba el ejercicio de un trabajo duro y sistemático.

y se van a oponer a la idea de que la economía pueda entenderse no inserta en las relaciones sociales, y que estas, a su vez, puedan interpretarse plenamente como organizadas por, y en función de, las lógicas del mercado. Dicho autor plantea que ha existido una sobreestimación de la autonomización de lo económico respecto de lo social en las sociedades capitalistas<sup>118</sup>. De acuerdo a su visión, el mercado se estructura en medio de relaciones interpersonales que movilizan distintas dimensiones de lo social, que desde esa mezcla le dan forma y sin la cual no es comprensible su funcionamiento. Del mismo modo, para ciertas corrientes teóricas como la Nueva Economía Sociológica o la Escuela de la Regulación francesa, las instituciones económicas, entre ellas el mercado, son construcciones sociales, no expresiones naturales (Lévesque *et al*, 2001). Así, la reproducción de la economía por el mercado no existe en forma pura porque en toda forma de funcionamiento mercantil hay dimensiones que no son mercantiles

Todo lo señalado anteriormente sobre los aspectos éticos, políticos o culturales que configuran a las economías debe completarse con su obligado contrapunto: los hechos económicos son también configuradores de las otras esferas de la sociedad. La práctica económica no es sólo constituyente y reproductora de la economía, sino también de la cultura, la política y la ética, tanto como estas son de lo económico. Tomemos, por ejemplo, el análisis realizado por Simmel acerca del dinero, que permite observar cómo fenómenos económicos producen fenómenos sociales más amplios. Dicho autor puso de relieve que junto a los grados de libertad que la posesión de dinero da a los sujetos que lo poseen, también surge la condicionalidad que les impone con la finalidad de obtenerlo y no quedar marginados: “la utilización del tiempo y del espacio queda cada vez más sometido a las exigencias de la economía monetaria que como un corrosivo potente, disuelve las viejas solidaridades tradicionales: los valores cualitativos se transforman en valores cuantitativos” (Trigilia, 2002: 44)<sup>119</sup>.

---

118 Así como de su “arraigo” o “incrustación” en el caso de las economías pre-capitalistas. (Granovetter, 2000: 75-114).

119 Múltiples fenómenos que han acompañado al capitalismo y siguen presentes deben ser analizados desde aquella complejidad de cómo hechos ubicados en la esfera de lo económico

Como puede desprenderse de lo recién dicho, queda claro que se reabre un campo de debate acerca de la preponderancia relativa, mayor o menor, que una esfera de la sociedad puede tener sobre otras. Es decir, acerca de cómo y con qué jerarquía se combinan y entrelazan las dimensiones económicas, políticas, culturales y éticas de una sociedad. Más allá de la diversidad de visiones sobre aquel punto, es la afirmación de una interdependencia la afirmación central y característica de la SE: las prácticas económicas son influidas por otras dimensiones y son influyentes sobre ellas, y se hacen constituyentes de un proceso que las contiene a todas. Así, por ejemplo, la cultura constituye una instancia que refleja las prácticas y las instituciones económicas y, a la vez, contribuye a darles forma.

Un ejemplo de esa naturaleza es el relativo al uso de los niños como fuerza de trabajo. En el siglo XIX el *status* de fuerza de trabajo del niño hacía posible su evaluación en términos económicos, por el cálculo de su aporte. Sin embargo, el cambio de visión del niño al comenzar el siglo XX transforma esto, obligando a la esfera productiva a esa nueva visión, lo que incluye la denuncia de su explotación y la condena del trabajo infantil (Lévesque, 2001). Otro ejemplo es el desarrollo de la higiene como un valor social que se va imponiendo en la sociedad y que resulta de una interacción de fundamentos culturales y económicos. Asimismo, más recientemente, el valor de la estética. En estas dos últimas, se constituyen amplios espacios de interacciones mercanti-

---

son constituyentes o reestructuradores del orden social más general. Por ejemplo, cuando se habla del desequilibrio del mercado a raíz de una crisis de sobreproducción, ello debe ser también comprendido como un factor constituyente de modificación de relaciones sociales: trabajadores que no llegarán con ingresos a sus casas; familias que deberán reajustarse; actividades y relaciones sociales que existían dejan de ocurrir; favores y relaciones sociales asociadas que nacerán; quizás cambios de residencias que romperán vínculos sociales territoriales y pueden dar orígenes a otros; usos de ahorros que estaban destinados a otros usos y que hubiesen significado tipos de experiencias personales o familiares que ya no ocurrirán; quizás cambios de oficios que introducirán a un nuevo campo y mundo laboral, etc. Así, más ampliamente, a partir de esta aproximación y perspectiva de la socioeconomía, el análisis del mercado al regular la división del trabajo, y con ello poner en tensión el grado de integración social cuando ocurre una crisis significativa de adecuación entre oferta y demanda, obliga a analizarlo no sólo desde el punto de vista de su operatoria y eficacia en la asignación de recursos, sino también de sus impactos en la integración y solidaridad, sociales.

les asociadas a bienes, servicios, oficios, investigación aplicada, etc., pero que no son comprensibles como fenómenos de oferta y demanda solamente, sino exponentes de nuevas valoraciones, distinciones y jerarquías sociales<sup>120</sup>.

Respecto de la segunda pregunta, sobre la ubicación del individuo en la sociedad, la SE se distancia de la teoría económica neoclásica caracterizando a esta como una visión subsocializada de los individuos. Esto quiere decir que dicha teoría tiene una comprensión "asocial" de las conductas individuales, las que sólo son descritas y reducidas a unas naturales tendencias utilitaristas de todos y cada uno de los individuos<sup>121</sup>. Por el contrario, para la SE las conductas individuales no son independientes de las maneras en que los individuos están inscritos en la sociedad y de las formas y representaciones que se dan en esta.

Sin embargo, lo anterior constituye un aspecto de la cuestión, pues es necesario precaverse de otro extremo, cual sería que las conductas individuales son expresión mecánica de las inscripciones que la sociedad realiza en todos y cada uno de los individuos. En este sentido, pueden también existir visiones que podríamos denominar de "sobresocialización" (Granovetter). Es decir, puede exagerarse el determinismo o funcionalismo de los individuos con relación a la reproducción de una sociedad dada, haciendo invisibles ciertos márgenes de maniobra que los individuos tienen.

---

120 Esta interdependencia fue recogida aunque en una forma criticable por la teoría económica del desarrollo en la medida que se reconocieron "factores no económicos del desarrollo", los que, a su vez, de una posición un poco periférica en la teoría, fueron ocupando lugares más centrales, poniendo, así, en contacto la economía y las otras ciencias sociales. Lo cultural, por ejemplo, es tratado en algunas de sus variantes en términos de la dicotomía tradicional-moderno en que lo primero aparece entrandando el desarrollo. Es decir, se desborda a la economía neoclásica en términos de la existencia de factores no económicos como determinantes centrales de la dinámica económica, más allá de la crítica que pueda realizarse a cómo se caracteriza y se connota a lo tradicional y a lo moderno.

121 Esta visión ha ensanchado su campo de lectura terminándose por referir a toda conducta humana en la que siempre estaría presente como central una lógica de costo beneficio en sus decisiones. Ver más adelante en punto sobre las diferencias entre la socio-economía y la teoría neoclásica sobre las motivaciones individuales

Este margen de libertad puede provenir de diversas situaciones: tensiones que los individuos pueden tener con un orden social específico; procesamiento particular de orientaciones diversas y contradictorias, generadas y explicativas de ese mismo orden social; surgimiento de nuevas circunstancias que no son explicadas o legitimadas suficientemente por las ideologías dominantes; ejercicios de reflexividad sobre el orden social existente que conducen a una visión crítica de él; hechos que colocan al individuo en una situación desventajosa y que lo llevan a experimentarlo y, finalmente, evaluarlo de manera negativa, etc.<sup>122</sup>. A la vez, esta relación individuo sociedad en los términos planteados no puede estar desligada de la historia concreta en la que se podrán generar momentos singulares, en cuanto al peso que las estructuras sociales puedan tener sobre las conductas de los individuos y a los márgenes de libertad que se generan.

## II. LAS INSTITUCIONES COMO DETERMINANTES DEL FUNCIONAMIENTO ECONÓMICO

En prolongación de lo señalado en la sección anterior, para la socioeconomía las instituciones presentes en la sociedad son claves para moldear el proceso económico. La actividad económica es reconocida como un proceso institucionalizado que, para ser comprendido, acude a la economía, la sociología, la antropología, la historia y la filosofía (Oberti, 2000:15). Como señaló Durkheim, los comportamientos económicos de los individuos se encuentran determinados por normas y reglas morales, y definen un juego recíproco de influencias. (Merton, 2002: 202). T. Veblen (1978) había señalado también que la conducta del hombre no es comprensible al margen de la influencia ejercida por la sociedad a través de aspectos como el uso y las costumbres, y de modelos institucionalizados de comportamiento. Se puede decir que la diferencia entre diversos institucionalismos “procede de las diversas

---

122 Esta relación entre individuo y sociedad como consideración para dar cuenta de las prácticas económicas la analizaré en la siguiente sección, referida al rol de las instituciones en la sociedad.



maneras de analizar este contexto institucional”. Algunos pondrán más énfasis en el derecho, la cultura, el Estado, etc.

En el modelo neoclásico, las instituciones, salvo la operatoria del mercado, no tienen presencia analítica preponderante, pues las conductas salen de una motivación original de maximización del ingreso y se encuentran frente a patrones técnicos y de costo (precios) respecto de los cuales se aplican los criterios racionales<sup>123</sup>. La consideración de las instituciones permite establecer un sólido puente analítico entre la economía y la sociedad; conduce a una socialización e historicidad de los hechos económicos, situándolos en un espacio y tiempo de existencia. La comprensión de esas instituciones y contextos para entender las conductas económicas permite decir que la socio-economía se sitúa en una posición intermedia, entre la óptica generalizante y abstracta de la economía neoclásica utilitarista y el carácter individualizante o de un historicismo radical, que sólo singulariza los hechos. (Oberti, 2002:18).

Las instituciones deben entenderse en un sentido amplio, incorporando tanto las normas y reglas escritas como las “informales” existentes, que están detrás de entidades públicas, privadas y sociales, así como de las personas, justificando su quehacer. Para Veblen son hábitos mentales, modelos de comportamiento, modos de pensamiento, costumbres, leyes. Se refieren, entonces, a las prácticas culturales y a la memoria colectiva que están plasmadas en el cómo ocurre la vida social y económica. La economía no puede ser entendida sin entender la existencia de esas normas. No puede ser entendida bajo un esquema abstracto de acciones y reacciones de oferta y demanda según determinados estímulos que movilizan el utilitarismo de cada uno.

De este modo, las personas son en principio orientadas por las normas que ellos reciben de la sociedad en la que viven (Triglia, 2002: 83). Ellas

---

123 En las etapas iniciales de la formulación neoclásica esto fue objeto de una fuerte controversia entre uno de sus fundadores, el austriaco Karl Menger, y el alemán Gustav Schmoller. Para Menger, dentro de su óptica de la racionalidad individual maximizadora, la influencia de las instituciones sobre las conductas humanas no era muy importante. Para el segundo esta influencia era decisiva, y con el cambio de las instituciones sociales se podía cambiar el comportamiento económico de las personas, (Bürgenmeier, 2004: 36).

significa que esas normas poseen una “fuerza física” que tiene una existencia regulada desde lo jurídico o lo moral, y que están presentes más allá y en las relaciones y obligaciones contractuales efectuadas y contraídas entre individuos. Como señala el mismo Durkheim, la intervención de las instituciones se hace sentir en el dominio mismo de las relaciones contractuales; “no todo es contractual en el contrato”, pues en este se expresan las instituciones de la sociedad (Triglia, 2002: 73). Así, la propia operación de mercado no es independiente de los condicionamientos sociales, que hacen variable el comportamiento económico.

A su vez, como condicionantes de los comportamientos económicos, las instituciones deben ser comprendidas como construcciones sociales, lo que comprende al mercado mismo. Las evoluciones económicas están ligadas a cambios institucionales y a la centralidad de nuevas instituciones. Un ejemplo de esta forma de comprender los hechos económicos es el análisis de Polanyi acerca del surgimiento de los mercados del trabajo y de la tierra, los que fueron claves para el desarrollo del capitalismo y la economía de mercado. Estos son el resultado de nuevos contextos institucionales y no el resultado de alguna ley histórica o natural (Polanyi, 2003).

Esos mercados señalados no se forman por una propensión natural al intercambio, sino como consecuencia de intervenciones políticas y medidas administrativas, y aun cierta violencia privada, como la apropiación de tierras mediante los cercamientos. Supuso la eliminación de la limitación de la parte comercializable del producto agrícola a la satisfacción primera del autoconsumo local. Así, también, la formación del mercado del trabajo significó la destrucción de formas de protección tradicional (dadas por el parentesco, la profesión, la vecindad, la política) y el surgimiento de nuevas instituciones que fueron configurando la nueva situación de los sujetos<sup>124</sup>.

---

124 Ello significó una situación compleja para muchos que quedaron librados a tener que encontrar empleo para subsistir, dando origen a una miseria moderna ya no provista de la institucionalidad tradicional como sostén último (Polanyi, 2003: 106).

Para la Escuela de la Regulación, la economía funciona al interior de un “modo de regulación”, el que designa un período de cierta regularidad en las relaciones sociales a través de instituciones, normas y rutinas. Por ejemplo, un modo histórico definido por este enfoque fue el llamado “modo fordista” y de “sociedad salarial”, generado especialmente en Europa luego de la Segunda Guerra hasta la emergencia del neoliberalismo en los años ochenta. Entre otros aspectos, aquel modo comprende las formas de división y los modelos de movilización del trabajo; la formación del salario indirecto (Estado Bienestar); y un modo de vida asociado a un importante aumento del consumo (Boyer y Saillard, 2002). Este enfoque apunta bien al hecho de que es imposible explicar la Europa de la post-guerra sin considerar el surgimiento de una serie de instituciones que orientaron y encuadraron la realidad económica.

De la pura imaginación de la mecánica del funcionamiento mercantil de la economía no se puede desprender lo que ocurrió en ese espacio y tiempo históricos. Por ejemplo, recesiones menos pronunciadas y en menor cantidad; aumento del producto y del ingreso; difusión de una mejor situación económica hacia capas más amplias de la población. Así, también, dentro de este enfoque la moneda es analizada como una institución fundamental de la regulación fordista, lo que comprende no sólo el rol reglamentario y de control de la banca central, sino también un sistema organizando del crédito que permitió asegurar el desarrollo de una forma de producción y de consumo de masas, que abarcó a los bienes durables (Gutmann, 2002).

Dentro de esta perspectiva institucionalista, que aquí queremos concebir como una corriente constitutiva de la socio-economía, se puede plantear la discusión que tiene que ver con la naturaleza del proceso de constitución de las instituciones. Una respuesta “economicista” es que ellas se generan y establecen porque responden mejor a los problemas económicos y, específicamente, porque disminuyan los costos de transacción (O. Williamson y D. North). Existiría una selección natural de las instituciones, en que el mecanismo seleccionador es la mayor o menor eficiencia que tiene su funcionamiento. Una reacción a esta visión es que la génesis y establecimiento de las instituciones contiene elementos de contingencia que las rodean y que no permiten

reducirlas a ese solo motivo o funcionalidad “económica” (Granovetter, 2000). Al respecto, y más originariamente, para Durkheim el nacimiento de las instituciones debe entenderse que proviene de momentos de efervescencia particulares de la sociedad, que obligan a establecer reglas del juego que no resultan del simple agregado de intereses individuales (Durkheim, 1984).

El tema del origen de las instituciones permite hacer una ligazón con la tradición de la economía política, e insertar y comprender a esta como componente de una perspectiva amplia de la socio-economía. Con esto me refiero a que las instituciones en su origen, contenidos y cambios están vinculadas a la existencia de grupos y poderes sociales y políticos y a las orientaciones ideológico-culturales que ellos posean. Así, por ejemplo, las señaladas instituciones que marcaron la época de post-guerra dando origen al Estado Bienestar, modo de regulación fordista y sociedad salarial, tuvieron en su génesis actores con peso político y determinadas orientaciones ideológicas. Por un lado, la existencia de un movimiento de trabajadores que moderó su demanda de mayor colectivización de la vida social, cambiándola por una mayor presencia en el sistema de poder nacional, una mayor importancia de la negociación colectiva y un mayor acceso a bienes y servicios sociales. Por otro lado, los empresarios aceptaron en importante grado el Estado Bienestar, su participación en la economía y una fuerza de trabajo más organizada, a cambio de un respeto esencial a la propiedad privada, a los mecanismos de mercado y la no estatización extensiva de la economía.

Otro ejemplo distinto y expresivo de la importancia de la composición de fuerzas sociales para explicar orientaciones económicas, es el peso de nuevas élites intelectuales, políticas y económicas vinculadas a grupos medios, que propiciaron estrategias y políticas para el desarrollo en los países del sur luego de la Gran Depresión y de la segunda postguerra y la descolonización de la época (Halperín, 1977). El tamaño, la fuerza y las orientaciones de esa élite fueron importantes en las instituciones que moldearon lo económico durante ese período en los “países en desarrollo”, y que ayudaron a constituir y dar cuerpo al “desarrollismo” (Deves, 2003). Los aranceles protectores, la acción más promotora, programadora y empresarial del Estado, el manejo de los tipos de cambio, las estructuras del gasto fiscal, van a expresar las

nuevas condiciones y situaciones de influencia y poder en que ocurre el proceso económico.

Sin embargo, la idea de que un cambio socio-político modifica la forma en que ocurre lo económico, mostrando la necesidad de un enfoque complejo, debe combinarse con el hecho de que los cambios en el terreno de lo económico intervienen sobre lo socio-político. Un buen ejemplo es lo ocurrido después de los años '70, en que hay una fragmentación y heterogeneización de intereses entre los trabajadores, por cambios en el terreno de la organización productiva. Hay, además, una acentuación de la competencia mundial desde nuevos países emergentes, con costos laborales, menores lo que genera problemas para las empresas de los países centrales y caídas de la capacidad de creación de empleo en ellos (Brenner, 1993). Todo ello debilita a los sindicatos y los hace perder influencia socio-política sobre las decisiones empresariales y gubernamentales, y marca una nueva correlación de fuerzas y reglas del juego dentro de las cuales ocurre la marcha de la economía.

En este terreno, el análisis de los sistemas políticos de representación y las modalidades de decisión de un país o comunidad de países, según sus características, pueden jugar papeles específicos en cuanto a influir en las dinámicas económicas. Un ejemplo claro que puede ilustrar esto es si en un momento dado existe un sistema de carácter pluralista o una dictadura. Se puede postular, con una, alta posibilidad de estar en lo cierto, que en uno u otro caso no saldrá la misma economía<sup>125</sup>. Asimismo, aun si se trata de una democracia, de todas formas puede haber una distinta apertura del Estado y el sistema político respecto de la recepción e influencia de las demandas sociales. Así, por ejemplo, hay regímenes políticos que durante el siglo XX estuvieron marcados por una representación sindical más fuerte y centralizada, frente a

---

125 Al respecto, un aporte interesante es el de A. Sen, quien demuestra que todas las grandes hambrunas modernas se han producido en situación de regímenes autoritarios, es decir, donde no existía una expresión social de defensa de derechos civiles y políticos. Ello mostraría cómo circunstancias políticas hacen más o menos posibles ciertas situaciones socio-económicas, en este caso de no acceso por una parte de la población a condiciones básicas de reproducción de la vida (Sen, 1998: 596-599).

otros en que ello era una representación un poco más fragmentada y débil (Crouch, 1993).

También en relación a las constelaciones de poderes que condicionan las dinámicas económicas deben ser consideradas las relaciones internacionales, cuestión que marca a las economías nacionales. De allí surge la discusión sobre las implicancias de las relaciones entre países con distintos niveles de riqueza y poder, en términos de que su contacto permite o impide el desarrollo, y del estatus explicativo de la noción de dependencia (Seers, 1990). Ello constituyó una pieza clave del estructuralismo latinoamericano desde los análisis de R. Prebisch en los años '50, que vio en el deterioro de los términos de intercambio de los países latinoamericanos entre 1860-1930 la presencia de poderes empresariales y sindicales relativamente más fuertes en los países centrales que en la periferia.

Volviendo al plano más general de las instituciones, las variaciones de estas en el tiempo y en el espacio condicionan y singularizan la manera en que ocurren las actividades económicas. Estas instituciones, para Veblen, van evolucionando de manera de enfrentar de mejor modo los desafíos o condiciones que genera el ambiente (Ibídem). Esto le concede importancia a las instituciones nacionales, las que al darle forma a las actividades económicas determinan la diferencia entre un país y otro y explican historias socio-económicas singulares. Esas diferencias pueden verificarse en múltiples planos, como el nivel y forma de intervención del Estado; las características y magnitudes del Estado Providencia; el lugar dejado al mercado y la legitimidad de este; la concepción, el modo de organización y la "cultura" de las empresas; el sistema de organización y representación de los intereses (partidos políticos, sindicatos, asociaciones profesionales, etc.) y su impacto sobre la negociación colectiva y los tipos de conflicto; los grados de presencia de una economía social y solidaria, etc.<sup>126</sup>

---

126 Ello se podrá verificar, a la vez, en distintas capacidades tecnológicas, en ritmos de industrialización, en formas de modernizaciones agrícolas, en las maneras de inserción en la economía mundial, etc. Así, el capitalismo asiático, europeo, nórdico, latinoamericano, muestran muchas particularidades internas.

Las consideraciones institucionales permiten la aproximación a ciertos “subsistemas” económicos que pueden presentar particularidades, y que los diferencian en cuanto a los principios que los gobiernan. Por ejemplo, la realidad de una “economía criminal” en el sur de Italia. En esta habría un funcionamiento en torno a reglas o códigos que suponen el amedrentamiento, el crimen, la lealtad, etc., frente a ciertas conductas o situaciones. Así, también, podríamos hablar de una economía de la corrupción, en que lo característico es la existencia de mecanismos y relaciones a través de las cuales la autoridad que se tiene es ejercida para realizar formas de apropiación y/o de dirección que no están dentro de lo considerado lícito por las normas explícitas y morales vigentes.

También las instituciones pueden ser –o podrían llegar a ser- claves en el nivel intermediario, o meso-nivel, para comprender cómo ocurre la economía a esa escala. Ello, en tanto la institucionalidad regional y local pueden generar dinámicas singulares en los espacios respectivos. El fenómeno de los distritos industriales italianos es un buen ejemplo de una institucionalidad de meso-nivel que modela la dinámica económica en algunos territorios. Allí se dan fuertemente la cooperación y la reproducción de un tejido de confianza, lo que está generalmente basado en una identidad local, construida con los años. La pertenencia territorial permite interacciones más directas, formas de distribución de las informaciones y una semejanza de los comportamientos que provienen de la confianza que da esa pertenencia común (Gilly y Pecqueur, 2002).

En un plano más directo y “gestionario”, puede ser comprendido como un aporte a esta consideración de lo institucional la teoría y economía de las convenciones. Esta llama la atención sobre la dimensión organizacional de las prácticas económicas y las formas concretas de coordinación entre los actores. Para los “convencionalistas” hay siempre un espacio de maniobra que no está ocupado por predisposiciones o estructuras inscritas en los sujetos, sino que se puede dar origen a nuevas convenciones, las que son una construcción social de representaciones colectivas que sirven de referencias comunes a los agentes individuales. Las convenciones permiten encontrar soluciones prácticas a la incertidumbre que genera una relación que fuese puramente mercantil (Boltanski y Thévenot, 1991).

El conjunto de estas convenciones participan del “surgimiento de los mundos reales de la producción”. Ellas son utilizadas tanto para especificar la configuración de una empresa como de una economía nacional. En esta óptica, las personas reemplazan a los agentes atomizados, y la diversidad de entes colectivos (reglas, convenciones, e instituciones) sustituye al monopolio de los mecanismos mercantiles que no constituyen más que uno de los componentes de las relaciones económicas, aunque más o menos presentes según de qué mundos de la producción se trate.

Dentro de este aspecto de la SE que enfatiza el rol de las instituciones, el mismo mercado es visto como una institución que es producida y modificada socialmente. El mercado no depende sólo de sí mismo para reproducirse. De hecho, necesita contextos sociales como la confianza y los marcos jurídicos, lo que es esencial pues la fluidez de las informaciones es restringida y las posibilidades de dolos o fraudes son altas. La economía real funciona con muchos instrumentos jurídicos que aseguran y regulan las operaciones privadas, como las transferencias de capital, los impuestos, las localizaciones de las actividades productivas, los salarios, etc. Los estudios específicos han mostrado, además, que hay casos en que el mercado no funciona sólo a partir del encuentro de individuos, sino de colectivos territoriales, como ha sido el caso de los mencionados distritos italianos o marshallianos. En estos hay una gran cooperación entre las empresas que producen un mercado imbricado con muchas relaciones no mercantiles. Esto en el marco de fuertes tradiciones locales y de una empresariedad difusa y difundida en el territorio (Becattini, 1990).

También, y de manera más generalizada, a partir del avance del capitalismo se configuran los mercados oligopólicos –basados en las economías de escala que permiten bajar el costo unitario en la medida que aumenta la escala de producción–, que permiten construir mercados regulados por las empresas más grandes. Estas, a partir de ello, utilizan estrategias como la segmentación de mercados a través de la diferenciación de productos, así como las colusiones entre empresas para regular la competencia. Esto último lleva a considerar las situaciones de poder que están presentes en el funcionamiento de los mercados y que muestra el predominio de algunos agentes sobre otros,



lo que se reflejará en los precios. Un ejemplo es el de las relaciones de poder en el mercado del trabajo, lo que puede tener determinados efectos sobre la situación, la actitud y la productividad de los trabajadores. También las empresas han tenido en períodos estrategias de disminuir costos de transacción, eliminando relaciones de mercado a través de integrar funciones y actividades en su interior, lo que en otros períodos, como los últimos decenios, ha sido la estrategia inversa de externalizar funciones y actividades.

Por otro lado, si el mercado real no puede ser plenamente entendido aislado de los aspectos culturales, sociales, políticos y de otros aspectos económicos, tampoco otros fenómenos sociales pueden ser desconectados de la influencia que el mercado tiene sobre ellos. Algunos planteamientos clásicos buscaron mostrar los significados de la expansión del mercado en la economía y la sociedad, abriendo un amplio campo de análisis para la socio-economía.

A su vez, para la SE el mercado es una institución que genera más o menos legitimidad en la sociedad, lo que podrá provenir de la aplicación de criterios de eficacia, de equidad, de integración, etc. Esos grados de aceptación, a su vez, influirán sobre sus formas de funcionamiento y las regulaciones o controles que se apliquen sobre él. En este sentido, desde la SE, al contrario de una perspectiva liberal neoclásica, el mercado debe ser enjuiciado y su funcionamiento puede ser encuadrado desde instituciones sociales y políticas que adecuen su funcionamiento hacia el bien común y aumenten su legitimidad.

Otra dimensión importante que desde la perspectiva institucional debe ser considerada para comprender el funcionamiento de la economía real, es el de los rasgos éticos dentro de los cuales aquella opera. El punto de partida de este planteamiento socioeconómico es que siempre en la economía dicha dimensión está presente e influyendo sobre la forma en que ella funciona. Siempre hay alguna ética en medio de la economía real. Como sabemos, esta relación en el análisis del capitalismo tuvo una aproximación a través de M. Weber. Por ejemplo, aquel planteó que el judeo-cristianismo había sobrepasado el dualismo ético que existía antes y que permitía ejercer la ganancia sólo con el extranjero, pero no con aquellos que formaban parte de la misma comunidad. Según Weber,

el avance del capitalismo sólo podía existir si se superaba ese dualismo ético, lo que permite ampliar el espacio de la búsqueda de la ganancia. La Reforma protestante, por su parte, actúa a favor del desarrollo del capitalismo en tanto al ideal del ascetismo extramundano le contraponen el ascetismo intra-mundano, es decir, el del compromiso en el mundo terrenal para realizar los preceptos religiosos, lo que significa orientaciones éticas frente a la producción y el consumo, marcadas por la laboriosidad, el ahorro y la inversión (Weber, 2003)<sup>127</sup>.

La economía actual, en sus múltiples expresiones y fenómenos, puede y debe ser comprendida y debatida en esta dimensión ética presente. Siempre hay una normatividad y moralidad actuando. Un ejemplo es el de robar. Las limitaciones de esto van más allá de los beneficios y castigos asociados a ese acto; depende en mucho en cuán internalizada está esa norma. Hay situaciones en que se puede robar sin posibilidad de ser detectado y castigado, y, sin embargo, no se hace. (Guerra, 2002)<sup>127</sup>. De acuerdo a Waltzer hay una serie de cosas que no pueden venderse ni comprarse (aunque se hagan, tratando de escapar a la moral de su tiempo): seres humanos, la influencia o el poder (por eso le llamamos corrupción), la libertad de expresión, los premios y honores, el amor y la amistad (Waltzer, 1997: 110).

Un ejemplo relevante de esto es la opción social sobre los límites de la mercantilización de la actividad económica, esto es, la delimitación del campo de lo económico que se resuelve por la vía del libre mercado<sup>128</sup>. Al respecto, el desarrollo del capitalismo ha estado acompañado de la ampliación del campo de la mercancía o de lo mercantizable, lo que, en su momento, como dice Polanyi, convirtió en mercancías aspectos muy especiales, como el trabajo, la tierra y el dinero, y que dicho autor definió como mercancías ficticias. Esa mercantilización

---

127 En el caso de otras religiones no ocurre lo mismo. Por ejemplo, según la doctrina hinduista de la reencarnación, el mandato del respeto muy riguroso a las tradiciones y obligaciones de casta, que desalienta las innovaciones económicas, permite la reencarnación en una mejor posición (García, 1994).

128 Lo que en grado alto significa, a la vez, aceptarlo como legítimo campo para actividades orientadas por la búsqueda de la ganancia

no ha sido lineal, no ha tenido sentidos únicos y puede concluirse que es algo en disputa social, en donde intervienen éticas específicas que suelen entrar en conflicto<sup>129</sup>.

De hecho, la emergencia de los Estados de Bienestar y de la noción de derechos económicos y sociales en medio del siglo XX, por ejemplo, limitó el tratamiento mercantil de bienes y servicios que se entendieron crecientemente por los sistemas políticos y en la conciencia social, como condiciones que debía tener asegurada toda persona. Asimismo, ello fortaleció una ética de la igualdad como un valor que debía promover determinadas políticas, por ejemplo, reformas tributarias. Por el contrario, podríamos entender la etapa liberal de los últimos decenios como un intento de restablecer una ética favorable a la mercantilización de bienes y servicios, en que se restringen las responsabilidades y compromisos colectivos institucionalizados respecto de la situación de cada persona. Esas éticas son cambiantes en el tiempo y entre culturas. El alcohol estuvo prohibido en un cierto momento, o la regulación legal mayor o menor para la compraventa de armas es distinto según las sociedades<sup>130</sup>.

### III. MOTIVACIONES Y TEORÍA ECONÓMICA

La SE también establece diferencias con la TNC en el plano de la aproximación a las motivaciones que gobiernan las conductas de las personas. Para esta, los individuos, sea en su condición de inversionistas, empresarios, trabajadores, consumidores o ahorristas, deciden a partir de su

---

129 Otro ejemplo en que está presente una ética que influye en las conductas, incluyendo las que se desarrollan en los mercados, es la limitación para contratar a un vecino, especialmente para un trabajo que pueda tener una jerarquía menor dentro de la escala de trabajos. Ello perturbaría la horizontalidad necesaria de las relaciones vecinales, pues expresaría o connotaría diferencias de ingreso y en que uno tratase a otro como empleado (Elster, 1990: 119).

130 A la vez, la existencia de "mercados negros" muestra que esas normas sociales y esa moral social no es total y hay partes de la sociedad en que operan otras morales: abortos ilegales, asesinatos a sueldo. Existen, también, cuestiones en discusión, como la liberalización del consumo de la marihuana, que muestran que la sociedad puede cambiar en sus preceptos morales. Son éticas y morales en disputa.

condición de individuos racionales utilitaristas. Se construye, así, un sujeto abstracto o un universal, que es el *homo-economicus*. Esta orientación utilitarista está enmarcada por las reglas del mercado concurrencial, en que surge un sistema de precios que les permite poner en uso esa racionalidad. Es de esa combinación entre orientación utilitaria, lógica racional y reglas del mercado que resultan las acciones económicas<sup>131</sup>. Ello se profundiza en autores utilitaristas como Betham y Mill, así como en autores recientes, como Homans. Este señala que la conducta de las personas es explicada centralmente por la búsqueda de un máximo de gratificaciones y por minimizar las sanciones, lo que define el campo de las elecciones racionales. Complementariamente, entre ellas se instala la competencia como principio fundamental relacional (citado por Guerra, 2002: 125).

Polanyi denuncia esta pretensión de la economía neoclásica de un universalismo construido a partir sólo del estudio del sistema económico fundado en el intercambio de mercado, y desde el cual pretende extraer comportamientos económicos igualmente válidos para el pasado, presente y futuro. (Polanyi, 2003). Apoyado en estudios etnológicos de otros investigadores, mostró que la motivación de la ganancia no es algo natural, y no recoge lo que ocurría en las economías antiguas. Esta orientación ha venido a ser más importante sólo en los últimos siglos, con el capitalismo y la economía de mercado, que es una institución que favorece y empuja a una acción económica motivada por la ganancia.

La SE se distancia de la visión neoclásica al dejar de representarse la totalidad del funcionamiento económico generado desde el principio de la persecución individual del interés propio. A ese carácter generalista, abstracto, la SE opone una mirada más histórica y compleja de

---

131 Dentro del enfoque de las decisiones individuales maximizadoras y racionales es que surgió el postulado de la racionalidad limitada. Esta incorpora el hecho de que las decisiones suelen ser tomadas generalmente dentro del "mundo real", que tiene incertidumbre, opacidad, etc, y del cual no puede desprenderse mecánicamente que se tomará la decisión individual y socialmente conveniente. Esta perspectiva más realista debe ser considerada no una superación, sino una variante dentro del enfoque neoclásico atomista y utilitarista (Bonome, 2009).

la economía, marcada por motivaciones que, junto con ser diversas, están también influidas por predominancias y circunstancias históricas.

Se podría argumentar que el enfoque neoclásico tendría un mejor resultado interpretativo en la medida que se afirme que el aumento de la "individuación individualista" en la sociedad moderna lo haría más apropiado como teoría para entender lo que ocurre<sup>132</sup>. Aquí vale la visión de Durkheim, en el sentido de que, por un lado, el individualismo utilitarista es también un hecho social y, por otro, de que el carácter de la sociedad está también presente en cada individuo. Es decir, el individualismo utilitarista no es algo "asocial", "pre-social" sino que es propio de una forma social. Lo social está en lo individual a través del proceso de socialización y de la educación, lo que conduce a maneras de ver, sentir y actuar a las que no puede pensarse que se llega espontánea e individualmente, sino que se llega también a través del tipo de incentivos que se van construyendo y que buscan operar sobre los deseos y conductas. Por ello, las conductas más o menos utilitaristas, o la existencia de otras motivaciones, están influidas por los contextos e instituciones en que esos individuos existen y no por predisposiciones naturales. Existen, así, instituciones sociales que empujan hacia el comportamiento utilitarista o que lo limitan, estableciendo líneas demarcatorias que los hacen más o menos (i)legítimos e (in)deseables y, a la vez, expresan orientaciones en disputa social.

Granoveter anota bien que la ciencia económica clásica, pero sobre todo la neoclásica, perpetúa la tradición utilitarista en que se ha sustentado su cuerpo teórico (Granovetter, 2000: 115-147). Esta es también la visión de A. Sen, quien realiza una crítica a la aproximación utilitarista y a la disociación entre la economía y la ética en el pensamiento económico neoclásico (Sen, 1997). El mercado mismo, la socialidad mercantil y los intercambios, para la SE ocurren al interior de relaciones sociales que no quedan puramente contenidas en la realización de los intereses monetarios de los participantes. Esto incluso está presente en

---

132 Aunque la teoría neoclásica parte de ese postulado o axioma no como un producto histórico, sino como una condición natural.

Smith, para quien, al contrario de lo divulgado, la búsqueda del interés individual y el funcionamiento del mercado no pueden favorecer el bienestar colectivo por sí mismo, salvo que sean regulados por reglas institucionales precisas (socioculturales, jurídicas, político organizacionales) (Trigilia, 28)<sup>133</sup>.

La SE reconoce una multiplicidad de lógicas de acción que pueden estar presentes en la economía, las que pueden formar distintas combinaciones, según tiempo y espacio. Eso significa que, en los hechos económicos, el interés propio es combinado con otras motivaciones que le dan importancia a la moral, a la obligación, a la emoción, a la confianza y a los lazos sociales. Dentro de este marco comprensivo quedan comprendidos los valores que, según A. Caillé, pueden ser tan importantes como los intereses materiales en la orientación del mundo: los de tipo cultural y de lógica de sentidos<sup>134</sup>.

---

133 Este interés individual es modelado a través de un mecanismo que Smith llama "la simpatía", proveniente del resto de los miembros de la sociedad y de los cuales cada individuo recibe aprobaciones o desaprobaciones con relación a sus conductas. Las sanciones impuestas a quienes violan las reglas formales establecidas intervienen para reforzar los mecanismos. Así, la acción humana es moldeada por la sociedad y las instituciones (normas formales e informales), y no puede ser explicada por una tendencia individual "natural" a buscar un interés personal (Trigilia, 2002:28). Además, Smith hace una importante mención a condiciones institucionales que tendrían impacto en la dinámica económica. Por ejemplo, que era importante la presencia directa del empresario en la producción, pues nunca su preocupación por la eficiencia podría ser equiparada por la sociedad de acciones administradas por personas no propietarias; también que los salarios fueran altos, porque con ello hay más incentivo al aumento de la productividad por parte de los trabajadores. En suma, una lectura atenta puede descubrir una variedad de comportamientos posibles que son función de las instituciones y que tienen implicancia en el carácter más o menos concurrencial de la organización mercantil, en las modalidades de gestión de las empresas, en la implicación de los obreros en el trabajo y en la capacidad del Estado en producir bienes colectivos.

134 Se puede acotar que esto se encuentra también presente en Talcott Parsons, para quien la conducta del individuo se explica por la doble condición de su búsqueda del interés individual y la necesidad de ser parte de fines compartidos socialmente. Para este autor lo primero sería materia de la economía y lo segundo de la sociología. Sin embargo, también señala que en la medida que todo hecho económico expresa ambas cosas, su comprensión es materia interdisciplinaria. Es decir, para Parsons en las acciones concretas debe observarse cómo los factores económicos y los sociológicos se integran (Trigilia, 2002: 133-136).

Es en este terreno en el que se ubica el aporte y el rescate de K. Polanyi, ya que señaló la existencia de distintos principios de integración y formas organizativas presentes en la historia, lo que impide naturalizar alguno de ellos como el único específicamente correspondiente con la naturaleza humana. La economía doméstica, la reciprocidad, la redistribución y el intercambio mercantil han coexistido en la historia, y sólo desde el siglo XIX comienza una hegemonía del último. La teoría económica dominante ha buscado presentar el funcionamiento económico y legitimarlo desde el punto de vista de la libertad y la eficacia, como autorregulado por el mercado. Ha cumplido un rol político y moral de buscar autonomizar a la economía de los condicionamientos de la sociedad (Polanyi, 2003).

En esa dirección, algunas corrientes actuales de pensamiento han aportado en la dirección de distinguir diversas motivaciones y conductas económicas. Por ejemplo, el Movimiento Antiutilitarista sostiene la importancia del don en el funcionamiento económico. Según esta visión, el don cumple un rol central en la reproducción social moderna y no es sólo una característica de las sociedades arcaicas (Caillé, 2007). Esto se presenta, por ejemplo en la socialidad primaria, en las relaciones de parentesco, en las que aquel predomina. Pero también dicha orientación se encuentra presente en actividades entre la esfera doméstica y la esfera pública, lo que engloba las asociaciones y los organismos comunitarios. Dentro de esta interpretación, su planteamiento más medular es que las relaciones económicas, como práctica social, están marcadas por el imperativo de reproducción del tejido y las relaciones sociales, lo que impone condiciones y orientaciones<sup>135</sup>.

Asimismo, en esta línea de planteamientos, puede ser destacada la corriente de la economía solidaria según la cual hay un sub-grupo de prácticas económicas que obedecen a impulsos solidarios. De acuerdo a esta aproximación, existen diferentes lógicas o racionalidades en las prácticas económicas que conforman “polos económicos”: el

---

135 Una crítica a este planteamiento es la de M. Godelier, que dirá que el don existe en el capitalismo, pero que no es en él que está sustentada la producción y reproducción de las relaciones sociales fundamentales de los miembros de la sociedad. Lo comprende, entonces, como el refugio de una solidaridad o generosidad que habría sido más determinante y característica de otras épocas de la evolución humana (Godelier, 1996).

polo del Estado, el del mercado y el de la sociedad civil, o del "tercer sector" (Lévesque, 2001: 57-86). Esta economía solidaria tiene una re-emergencia, a raíz de la crisis socio-económica de los años '70, que atraviesa distintos tipos de países, y afecta a diversos sectores populares de zonas des-industrializadas o rurales. Estas experiencias de economía solidaria son entendidas como portadoras de una reconfiguración de la relación entre la economía y lo social, y de una renovación del Estado Providencia (Laville, 2009: 47-69).

Los estudios mostrarían, según el enfoque de la Economía Solidaria, que los actores implicados en las empresas de economía social no son orientados exclusivamente por el interés ni por el solo prisma de las elecciones racionales. Sus objetivos suelen ser utilidad social, creación de trabajo, desarrollo local, reconocimiento de las mujeres, protección del medio ambiente, etc. Al destacar estas actividades, la corriente de la Economía Solidaria ha contribuido a una socioeconomía de las organizaciones, a repensar la relación entre democracia representativa y democracia social, y a idear nuevas formas de regulación pública, en particular en las escalas de micro y meso regulaciones.

Respecto del futuro, la perspectiva de la Economía Solidaria ha sido que la sociedad enfrenta una imposibilidad de reconstrucción del Estado Providencia en los mismos términos de la segunda post-guerra. Esto no sólo por un factor financiero, sino, sobre todo, porque con sus características tradicionales no tiene la posibilidad de asegurar la implicación de los usuarios y de movilizar los recursos de proximidad que serían claves para una serie de servicios, cuya necesidad está creciendo y que el Estado protector, en el sentido clásico, no será por sí solo capaz de proveer de manera adecuada (Laville, 1992)<sup>136</sup>. Se debe

---

136 Los impulsores de la economía de la solidaridad ven que existe un enorme campo abierto a las actividades económicas que son los servicios de proximidad, los que reflejan un conjunto de nuevas demandas sociales. La proximidad no refiere a dimensión de tiempo o de espacio, sino a que la entrega de servicios necesita ser interiorizada y sentida por las personas. Por ello son entendidos como sectores relacionales, como el cuidado de niños, las instituciones que buscan la inserción social, las practicas de desarrollo económico comunitario, las ayudas a domicilio. Es decir, se trata de una diversidad de problemas a tratar, que implican una dimensión relacional fuerte y suponen la participación del usuario en la obtención del resultado final, con derechos y deberes recíprocos.



pensar en el pasaje de un Estado Providencia a un Estado Solidario, a partir de un nuevo contrato social que signifique un apoyo financiero de las actividades que recrean el tejido social y favorecen la asunción colectiva de problemas cotidianos. En un plano programático, entonces, el enfoque de la Economía Solidaria propone la construcción de una "economía plural", que contenga múltiples lógicas, reconociendo, además, que en la realidad muchas veces se producen hibridaciones entre economía mercantil, no mercantil y no monetaria. Esto es similar al planteamiento de la corriente institucionalista anglosajona, que habla de cuatro formas de organización o coordinación económica: la solidaridad espontánea y la comunidad; la competencia dispersa y el mercado; el control jerárquico del Estado; y la concertación organizacional de tipo asociativo (Lévesque et al, 2001: 149-180)<sup>137</sup>.

A esta perspectiva de identificar lógicas y motivaciones distintas dentro de la economía se puede agregar que, para un enfoque desde la socioeconomía, resultan también de interés las distinciones o variantes que puede presentar un agente aparentemente homogéneo. Un buen ejemplo es el empresario. Este, que para la perspectiva neoclásica es un maximizador de ganancia más o menos abstracto y genérico, puede, sin embargo, presentar características distintas según contextos históricos, culturales, y aun dentro de un mismo momento y espacio.

El empresario ha sido clásicamente caracterizado como portador de orientaciones de emprendimiento e innovación; en ese sentido, portador de una específica "mentalidad económica", que produce permanentes cambios. Ello va asociado a una distancia de la tradición y de la religión, según Sombart. Este va a hablar, también, de una forma de ser burguesa que se caracteriza por la racionalización, ordenamiento, diligencia y moderación de la vida económica. Este espíritu de empresa, entonces, no está limitado a las experiencias más aventureras o de conquista, sino presente cualquiera sea la actividad productiva. Los

---

137 Esta tipología de modos de coordinación económica provee de aproximaciones útiles para analizar los arreglos institucionales antiguos o emergentes. Se puede hablar, entonces, de la existencia de múltiples principios de regulación económica y de un sistema de regulación a partir de cómo estos principios coexisten en un tiempo-espacio determinado, y cómo se articulan o relacionan entre sí (Lévesque *et al*, 2001:149-180).

empresarios, para Schumpeter, son los que provocan el desarrollo a través de nuevos métodos productivos, de nuevas formas de combinar factores productivos, de innovaciones de productos, de la apertura de nuevos mercados. Lo que es importante desde el punto de vista del enfoque de la socio-economía, es que para Schumpeter el empresario y la empresarialidad se forman en contextos (Schumpeter, 1983).

Lo anterior plantea la relación entre el empresario y la cultura e influencias religiosas de cada momento. El calvinismo fue un ejemplo de los aspectos religiosos que influyen sobre los hechos económicos y que marcaron la época moderna. Los predicadores calvinistas llamaban a comprometerse en el trabajo profesional, de manera de reforzar su confianza en haber sido elegidos por Dios: "el creyente debe comportarse como si fuera elegido, implicándose de manera rigurosa en el mundo a través de su propio trabajo" (González, 2001). El éxito de su actividad profesional terminó por ser interpretado como el signo de la elección divina, lo que conduce a un comportamiento que se esmera más en consagrarse a ella, pues ello refuerza la percepción de que se está salvado.

Schumpeter señala que el "espíritu empresarial" se va perdiendo con el avance del capitalismo. Esto, en tanto la función innovadora tiende a despersonalizarse y autonomizarse con la emergencia de la empresa moderna. La burguesía tiende a debilitarse en tanto cantera de nuevos emprendedores, y pasa a dar lugar a administradores de posesiones heredadas. De esto y lo anterior se puede plantear que el empresariado es también formado en cierto contexto, y que puede poseer combinaciones o gradaciones distintas en cuanto a valores: es más tradicional o más innovador; es más rentista o competitivo; más acumulador o consumista. Todo esto conduce a que la práctica empresarial no es reducible, aunque tampoco separable, a la pura lógica de ampliación de su capital.

Creo, finalmente, que es importante destacar dos implicancias que posee la perspectiva utilitarista criticada. La primera se refiere a la falta de instrumental de la TNC para leer fenómenos que escapan al tipo de prácticas distintas del intercambio de tipo estrictamente utilitario. Así, por ejemplo, las donaciones en tanto acto económico son leídas

como un “intercambio con tasa de retorno igual a cero” (Guerra, 2002: 124). Dicho autor señala que una tal definición es equivalente a decir que una cebra es un caballo con rayas. Sería una definición en los límites de un marco conceptual y lingüístico anterior, que es incapaz de penetrar en el fenómeno que intenta leer.

La segunda tiene que ver con el desprecio por las formas cooperativas de economía. Estas aparecen como impropias de la modernidad. Así, Hayek señalará que la valorización de la cooperación por sobre la competencia es, en el fondo, el desconocer la beneficiosa función orientadora del mercado. La cooperación aparecería como algo propio de los colectivos muy pequeños, pero no es pensable que sea operativa cuando hay que adaptarse a circunstancias cambiantes y desconocidas (Hayek, 1978).

#### IV. HISTORIA Y CAMBIO ECONÓMICO

Una gran diferencia de la SE con relación al análisis económico neoclásico, es que para esta la comprensión de los hechos económicos no puede ser realizada sin ubicarlos en su contexto y dinámica históricos, lo que supone incorporar la idea del cambio. La práctica y los modos de organización económicos están en movimiento, con transformaciones marginales o sustantivas en curso, dando lugar a nuevas configuraciones.

Para Veblen, la teoría económica neoclásica posee una visión pasiva, inerte e invariablemente dada de la naturaleza humana, y resulta, por tanto, una teoría en la que no existen tiempos históricos determinados y característicos; es una teoría a-histórica y estática, incapaz de dar cuenta de los cambios de la economía moderna y de cómo se van desarrollando los hechos económicos (Veblen, 1978). Los cambios históricos significan que las instituciones y el comportamiento individual se modifican, lo que no puede ser aprehendido por la teoría neoclásica, que se reduce a estudiar los mecanismos de autorregulación mercantil de la economía y en que las conductas son invariables. Su aproximación desde el ángulo de cómo se equilibran y estabilizan los flujos económicos bajo fuerzas que operan siempre igual –lo que parece ser

una influencia de las ciencias físicas y, en especial, de la mecánica–, le da una naturaleza analítico-deductiva y adicionalmente normativa a la teoría, que la aleja de comprender las dinámicas reales. La teoría neoclásica, para Schumpeter, es incapaz de salir de una visión estática del equilibrio general (Schumpeter, 1983),

Este es un punto clave a rescatar de Marx, que busca comprender las bases esenciales de los cambios históricos y de la configuración de nuevos momentos. En su análisis ello no se limita al cambio de un modo de producción a otro –aunque ese tipo de cambio sea el más significativo en su teoría en cuanto al efecto sobre la vida social–, sino que también a cambios más parciales o finos. Por ejemplo, dentro de su conceptualización del orden capitalista, el paso del momento del predominio de la plusvalía absoluta al predominio de la plusvalía relativa en la dinámica capitalista, es tanto el resultado de un cierto desarrollo histórico como la base de otro distinto. Los cambios son conflictivos, pues las instituciones heredadas del pasado tienden a ser defendidas por los grupos sociales que son privilegiados en el marco del orden antiguo; ellos se oponen a los cambios y pueden influir a las clases inferiores<sup>138</sup>.

Para Schumpeter (*op.cit.*) no es posible pasar de modelos analíticos abstractos a la comprensión de la realidad económica y social. Aunque defiende el rol de los modelos analíticos, agrega que las actividades económicas reales deben ser ubicadas en un proceso histórico y dinámico. Esto resulta particularmente necesario para analizar un sistema como el capitalismo, donde la dinámica central estaría dada en cómo dicho sistema destruye y crea las estructuras existentes, y no en cómo se equilibran los flujos. En otros términos, en cómo las revoluciona a partir de los ciclos de innovación. Establece, por ello, una fuerte oposición entre proceso dinámico en constante revolución y teoría estática ocupada de procesos de equilibraje de corto alcance.

---

138 Sin embargo, Veblen reconoce que pueden darse combinaciones *suigeneris* entre instituciones tradicionales y nuevas, que marcan la particularidad de ciertas trayectorias nacionales, como los casos de Japón y Alemania.

La forma de ocurrencia del cambio histórico se hace por tanto un punto clave de exploración, y podemos tener variadas respuestas que buscan explicar el cómo se produce. Por ejemplo, Veblen propone una teoría dinámica de la economía, donde la fuerza principal del cambio estaría en la tecnología, definida de manera muy amplia, comprendiendo todo tipo de “útiles”, incluido el lenguaje y los comportamientos humanos ligados. La ciencia y la técnica representan el motor del cambio, que van definiendo mutaciones del proceso productivo que repercuten sobre las instituciones culturales, sociales y políticas.

En ese marco habría una primera fase de industrialización mecánica, en que la producción está en manos de capitalistas-propietarios-empresarios. Conjugan poder económico-financiero con capacidad técnica-organizacional. Las empresas son de dimensión reducida, y ninguna está en medida de controlar el mercado. Según Veblen, en tal situación la búsqueda de la ganancia por los empresarios privados es por medio de la mayor eficiencia, bajo el efecto de la competencia. En ese contexto, la búsqueda del interés individual no bloqueado por las instituciones políticas y regulado por la competencia, favorece el bienestar social y colectivo. Se trataría de la fase del capitalismo liberal. Dicha fase se va terminando a fines del siglo XIX, dado el progreso de la tecnología que permiten grandes economías de escala, ligadas a una producción de masa y que requería inversiones considerables.

En esta nueva fase se produce crecientemente el divorcio entre los fenómenos económico-financieros y los de organización de empresas. La propiedad y la gestión de las empresas se separan. Surgen los “capitanes” de las empresas, que van a estar más interesados en la ganancia financiera derivada del crecimiento del valor invertido cotizado en las acciones. Se orientan crecientemente a la compraventa de empresas por especulación financiera. Además, en esta fase la ganancia está también más asociada a tener una posición monopólica en el mercado y eliminar la competencia. Se forman carteles que controlan la producción agregada y establecen precios por sobre los de competencia. Esta situación tiene un soporte en las grandes economías de escala ya nombradas, y que le permiten a algunas empresas costos unitarios

menores, según el volumen de producción, permitiendo ventajas en el mercado y el desplazamiento de otras (Veblen, 1978: 49 y siguientes).

También Polanyi establece un corte en la historia moderna cuando señala que, a partir de los últimos decenios del siglo XIX, se asiste a un doble movimiento. Por un lado, los mercados se extienden por todo el mundo y, por el otro, surge un conjunto de disposiciones y medidas políticas destinadas a controlar la acción del mercado del trabajo, la tierra y la moneda, los que en su concepción corresponden a las mercancías ficticias<sup>139</sup>. En definitiva, se va dejando atrás el capitalismo liberal, lo que tiene como origen o causa profunda el conflicto entre el funcionamiento libre del mercado y las exigencias de la vida social.

Desde otro ángulo, Schumpeter señala que el capitalismo liberal no regulado va pasando, en el siglo XX, a un capitalismo regulado que, desde su punto de vista, conducirá al socialismo, a la planificación y a la formación de una burocracia. Esto significa el nacimiento de una nueva fase en la intervención del Estado dentro del capitalismo, lo que se caracteriza por su mayor intervención en variadas dimensiones: redistribución, sostén de la demanda agregada, regulación anti-monopolios, control de precios, legislación laboral, etc. (Schumpeter, 1983b). Las empresas, en este marco, son sometidas a una mayor regulación y a una mayor carga fiscal. Desde otra conceptualización, en ese período se va a percibir una revisión de la mecánica liberal autorregulada en que se difunden los métodos de planificación, tanto dentro del Estado como dentro de las grandes empresas, gestionadas por gerencias que ya no son los propietarios.

La idea de cambio histórico que puede ser característica de un enfoque de socio-economía, en términos de que lo incorpora como parte sustantiva de su comprensión de los fenómenos económicos, no debe estar asociada, obligatoriamente, a una filosofía de la historia, como

---

139 Respecto del trabajo, es el avance del sindicalismo, el desarrollo de la legislación laboral en torno a horarios, empleo de mujeres y niños, seguros contra accidentes y enfermedades, el desempleo, la previsión. Respecto de la tierra: protección de la agricultura amenazada por los procesos de mercado. Respecto del dinero: control de la oferta de crédito a través de los bancos centrales, evitando efectos deflacionistas.

en Marx, la que pudiese ser vista como determinista. Es decir, como una dinámica que conduce a un único final<sup>140</sup>.

Este cambio histórico va ocurriendo sobre el sistema económico-social en su conjunto, pero también sobre algunos de sus componentes. Tomaremos tres ejemplos de manera muy general: la empresa, el Estado y el consumo. Respecto de la empresa, uno de sus cambios relevantes, como ha sido expresado, fue visto en relación con lo que sería su creciente burocratización, el establecimiento de mayores jerarquías y roles, de procedimientos más precisos que norman relaciones entre los distintos niveles y competencias contenidos en ella (Trigilia, 2002: 51). Esto como parte de un proceso de racionalización del trabajo que fue entendido por autores como una organización científica de aquel (Taylor, 1947), en que ocurren, también, grados de tecnificación de la gestión empresarial que dan origen y se sustentan en la formación de cuerpos medios-superiores que realizan tareas específicas en su gestión, como las de marketing y publicidad, de reclutamiento y formación de "recursos humanos", de investigación y desarrollo, y de finanzas. La conducta innovativa ligada al empresario/financista/propietario cede su lugar a la organización y la burocracia gestiona.

Aparece también la integración vertical, la producción en grandes series para un consumo de masas y estandarizado, con bastante mano de obra de baja calificación, y una organización muy parcelada de las actividades, con aprovechamiento de las economías de escala asociadas a esa producción de masas, relacionadas, a su vez, a tecnologías solo rentables con producción masiva. Más recientemente,

---

140 En este sentido, en Marx puede observarse una contradicción, en cuanto asume un cierto final único de la historia capitalista, a pesar de que sabía, y sus obras lo muestran (*18 brumario; Lucha de clases en Francia*), que era una historia hecha de múltiples fuerzas y que se podía esperar que estas produjeran resultados distintos según cómo se dieran procesos como los de la concentración en las grandes fábricas y en las grandes ciudades industriales; las facilidades de comunicación existentes; la homogeneización o heterogeneización de las condiciones de vida y de trabajo; la forma que adoptara la organización sindical y política y la forma del conflicto y lucha contra el empresariado. Al respecto, es indudable que las especificidades culturales, políticas e institucionales de los diferentes países han pesado fuertemente sobre las modalidades del conflicto de clase y, por consecuencia, sobre sus efectos sobre el desarrollo económico (Trigilia, 2002).

han estado los análisis referidos a una tendencia a cierto grado de descentralización administrativa. Según estos, la necesidad de seguir a la dinámica cambiante de la demanda obligó a adecuarse para reaccionar correctamente a esos cambios. Ello significó aproximarse a los estímulos de mercado, por lo que las unidades muy grandes y centralizadas resultaban poco apropiadas. Del fordismo se pasó a la producción flexible. Los decenios recientes han estado marcados por procesos de externalización, subcontratación y terciarización, y una desregulación de la actividad laboral.

Este tipo de historia nos lleva a la lógica de esas organizaciones (las empresas), y no sólo del empresario como sujeto individual. Del análisis o representación del empresario del "mercado impersonal" a empresas -como sistema complejo de propietarios, capitalistas, gerentes y trabajadores- con estrategias y poder sobre el mercado. Esto produce otro funcionamiento del mercado, el de la competencia o los acuerdos oligopolísticos, lo que es una revolución en la representación de los mercados (Baslé y otros: 1988: 71-80). Así, la evolución de las empresas es otro aspecto institucional que va determinando la marcha del capitalismo. Esa evolución, a su vez, no está al margen de fenómenos institucionales legales, como el castigo a los *trust* o carteles que, por ejemplo en EE.UU., significó que fuera proliferando la integración vertical de las empresas, para evitarlo. Es lo que Schumpeter señala como el aumento de los recursos organizacionales, en particular ligados a la investigación y a la captura y control de mercados, por ejemplo, a través de estrategias de segmentación y diferenciación de productos similares.

La mirada histórica nos brinda, también, el reconocimiento de roles distintos que ha ido jugando el Estado, mostrándolo como un aparato dinámico y que está sujeto, a su vez, a los cambios de la propia sociedad. Nos enseña, por ejemplo, su papel en la llamada época mercantilista de los países centrales. En función de acrecentar el poder nacional, y en el marco de la construcción de los Estados-naciones y la disminución de los poderes más locales, alentó las exportaciones, permitió el proteccionismo frente a las importaciones, concedió monopolios comerciales y alentó el colonialismo, aspecto clave este para el acceso a las materias primas de territorios lejanos. Ello significó una importante fase de acumulación de riqueza e ingresos de base



nacional (Beaud, 2000: capítulo I). A la vez, como observa Sombart, para el desarrollo capitalista en el siglo XIX son claves dos políticas de origen estatal. Primero, la creación de condiciones de seguridad para ejercer y ampliar el comercio, que significó crear una capacidad represiva en las rutas y lugares de comercio. Segundo, la introducción de un sistema monetario regulado que permitiera el desarrollo de los intercambios (Sombart, 1998)<sup>141</sup>.

Por otro lado, en la primera mitad del siglo XX se fueron generando condiciones para un mayor rol desarrollista y distributivo del Estado, que se concreta especialmente luego de la Segunda Guerra. Ello significó un mejoramiento de las condiciones de vida de la población y de los pobres, lo que incluía evitar el desempleo y una mayor regulación de la economía. Aumentan, así, las intervenciones públicas y la aceptación de una mayor negociación sindical sobre las condiciones de trabajo y los salarios (Rosanvallon, 1981). Además el quehacer del Estado es variable en el espacio. Por ejemplo, Veblen destaca la decisiva presencia del Estado en la industrialización de Alemania y Japón, y aun de Italia, contraponiéndola con la trayectoria más liberal, clásica y espontánea de Inglaterra y EE.UU. (Trigilia, 2002; capítulo 4). Este rol desarrollista aparece también fuertemente en las experiencias socialistas hasta fines de los años '80, en las asiáticas más recientes y en la historia latinoamericana entre 1940 y 1980. Experiencias, además, que expresan articulaciones diferentes entre sociedad, mercado, Estado y grupos empresariales (Pipitone, 1996).

Otro ejemplo de la historicidad de los hechos económicos y el intento de establecer relaciones entre aspectos específicos y la historia es el del consumo. Veblen, por ejemplo, establece una relación entre el significado del consumo y ciertas fases del desarrollo económico histórico. Así, en un período inicial, para los grupos sociales más pobres el “ganarse la vida” representa una motivación muy fuerte. Sin embargo, con el crecimiento económico moderno sus motivaciones se modifican. En la medida que los

---

141 Esto llevará a distintas fases de la acción estatal, marcada durante un período por lo que fue el Patrón Oro y la convertibilidad de los billetes, hasta los sistemas actuales, con la generalización del uso del crédito y el dinero plástico.

ingresos crecen y superan una cierta cota, hay una atracción mayor por el consumo como fuente de prestigio. Al contrario de la aproximación de la economía neoclásica, los consumidores satisfacen sus necesidades considerando a los otros consumidores. Un aporte importante lo realiza Baudrillard, al visualizar la importancia del significado que tienen incorporados los productos. Nuestro consumo es, así, explicado también por los signos a los que accedemos cuando nos hacemos propietarios de un bien (Baudrillard, 1970). La comprensión del consumo, por ello, necesita considerar el contexto social y las opciones de los otros, pero también los cambios históricos que se van produciendo, lo que puede ir modificando las relaciones con los bienes y sus significados sociales e individuales.

## **VI. LAS IMPLICANCIAS DE LA PERSPECTIVA DE LA SOCIO-ECONOMÍA**

### **HACIA EL CAMPO NORMATIVO Y DE LA POLÍTICA**

Lo que hemos hecho hasta aquí es presentar la aproximación de la socio-economía, entendida esta como un enfoque que cobija múltiples aproximaciones, pero que aportan en conjunto a “re-aprehender” los hechos económicos. En esto, lo central está en la comprensión de lo económico como parte de lo social, en reconocer el peso de las instituciones de la sociedad en el moldeamiento de lo económico (incluyendo al mercado), en la existencia de distintas lógicas y motivaciones en las actividades económicas, y en la necesidad de la visión histórica para analizarlas en su significado y movimiento.

En esta nota final se quieren expresar las implicancias, por un lado, en un plano más normativo, “de la economía que queremos” y por otro, las consecuencias políticas que puede tener este tipo de análisis. Señalando, de paso, que es esto último lo que en buena medida justifica el esfuerzo analítico.

La afirmación más amplia que debe hacerse para enmarcar esas implicancias, es que pareciera que la búsqueda de una sociedad distinta

supone otra teoría económica. La teoría convencional actual juega un rol activo en reproducir la economía y la sociedad<sup>142</sup>. Como establece A. Caillé, hay una relación entre la búsqueda de un otro mundo y la necesidad de construir una “otra ciencia.

Una primera implicancia es visualizar que la esfera económica no puede ser naturalizada como una especie de física social que tiene sus propias leyes independiente de las voluntades éticas, fuerzas sociales e ideologías de cada período. Por el contrario, es una construcción social, lo que abarca a instituciones como el mercado. Si bien esto no conduce a la idea de que la realidad es moldeable por la simple voluntad, abre un amplio campo de análisis sobre la política y la ética, en tanto fuerzas que en los hechos orientan la vida económica y pueden ser usadas en la dirección de una economía y sociedad más deseables. Asimismo, permite reconocer e impulsar lógicas presentes en la vida económica actual no caracterizadas por la persecución del lucro y la acumulación. Esto anterior se relaciona directamente con una opción de fondo, cual es la de si queremos vivir en un mundo “integralmente estructurado en torno a valores y finalidades económicas”. Si la respuesta es no, lo que viene es preguntarse “a qué podría parecerse ese otro mundo” (Caillé, 2007: 16).

En segundo lugar, ver lo económico en toda su complejidad ayuda también a ver todas las implicancias de los hechos económicos en la vida social. Partir de que la economía crea instituciones y viene de las instituciones; sale de la vida social y ejerce efectos estructurantes sobre ella; que el consumo, el desempleo, el ahorro, el trabajo, la inversión y otros aspectos son incomprensibles en su génesis y características de dimensiones políticas, culturales y éticas, permite también tomar conciencia de que los hechos económicos son constituyentes o constructores de esas dimensiones en la sociedad. El análisis no puede

---

142 Respecto del carácter performativo de una teoría, hay una interesante investigación que muestra que precisamente los estudiantes de economía tenían una mayor propensión a actuar de manera individualista con respecto al resto de los estudiantes (Guerra, 2002: 132). Asimismo, otros estudios muestran que los economistas actúan de manera más interesada en su exclusivo bienestar que el resto (Guerra, 2002: 132). Los estudios en la perspectiva utilitarista tendrían una fuerte influencia en abrirse más hacia conductas regidas por esa lógica económica.

romper o abstraer esa conexión de ida y vuelta y dejar de escudriñar cómo los cambios o sucesos económicos estructuran aquellas otras esferas<sup>143</sup>.

Por lo tanto, determinadas orientaciones y políticas económicas no podemos sino verlas y analizarlas como constituyentes de la vida social en general, con implicancias en el peso político de los grupos sociales, de los componentes de la cultura, de la integración social, etc. Esto permite tomar conciencia de que cuando se implementan estrategias y políticas económicas, ello significa también intervenir sobre esas otras esferas por las relaciones que existen entre ellas. A través de la intervención sobre lo económico estamos también creando el conjunto de la sociedad.

En tercer lugar, desde la perspectiva de la socio-economía algo clave es el visibilizar y rescatar lógicas económicas distintas de la utilitaria o maximizadora. Nos referimos a las prácticas asociativas, solidarias y de reciprocidad, que han existido en abundancia en el pasado y continúan siendo una parte de la economía actual. Estas deben ser mejor comprendidas e impulsadas bajo el ideario de una economía más permeada por ese tipo de fines, dado las inmensas implicancias que puede tener para aumentar la calidad de vida y la integración social. Lo anterior se puede comprender en toda su profundidad cuando se comprende y se acepta que la TNC se cimenta en una antropología y filosofía política que hace que no pueda ser combatida sino desde alguna otra antropología y filosofía. (Caillé, 2007).

En cuarto lugar, respecto de la importancia que le hemos dado a la perspectiva histórica, el comprender que los hechos económicos siempre están ubicados en terrenos de consolidación de ciertas estructuras sociales y también de emergencia de otras abre la perspectiva de los cambios históricos como posibilidad. La sociedad y la economía se

---

143 Aceptado que las "instituciones cuentan", lo que viene después, como debate político-moral, es si esas instituciones que determinan también las características de la esfera económica deben ser pensadas sólo en función de su eficacia económica, o si deberá pensarse y propiciarse que las dimensiones que sustenten esas instituciones no pueden ser reducidas a los fines de la eficacia económica.

inscriben en estructuras en movimiento; es decir, en la historia. Entender lo que está cambiando y las alternativas que se abren en el futuro, abre también la posibilidad de intervenir en la creación de ese futuro. Permite sensibilizar el análisis hacia el movimiento histórico que se encuentra en curso y pensar lo deseable, ya sea como afirmación o contracorriente de aquel curso.

Por último, ha quedado claro que toda economía tiene sostén en alguna ética, en alguna visión explícita o implícita de los fines de la sociedad. Visibilizar esa relación, develarla, parece clave para efectos de poner a lo económico en cuestión desde ese campo de fines. En otros términos, discutir la organización y la vida económica desde el campo de la discusión de los valores que queremos poner como prioridades en la dinámica social. Esto niega la afirmación de que “no parece posible, desde un punto de vista lógico, relacionar dos materias (economía y ética) de ninguna forma, excepto por la mera yuxtaposición” (Lionel Robbins en *Ensayo sobre la naturaleza y significado de la ciencia económica*).

## BIBLIOGRAFÍA

- BASLÉ, M, C. BAULLANT, y otros. 1988. *Histoire des pensées économiques* (les contemporaines). Ed. Sirey. París.
- BAUDRILLARD, Jean (1991) “La société de consommation” (ses mythes, ses structures) Editions Denoël. France.
- BEAUD, Michel. 2000. *Histoire du capitalisme*. Editions du Seuil. París.
- BECATTINI, Giacomo. 1990. “El distrito industrial marshalliano como un concepto socioeconómico”. En *Los distritos industriales y las pequeñas empresas*. F. Pyke, G. Becattini y W. Sengenberger (Comp.). Ministerio de Trabajo y Seguridad Social de España. Madrid
- BLAUG, Mark. 1988. *Teoría Económica en Retrospección*. Fondo Cultura Económica. México.
- BRENNER, Robert. 1998. *Turbulencias en la economía mundial*. Lom, Cenda. Santiago.
- BOLTANSKI, L y L. Thévenot. 1991. *De la justification. Les économies de la grandeur*. Gallimard. París.
- BONOME, María. 2009. *La racionalidad en la toma de decisiones. Análisis de la toma de decisión de Herbert Simon*. Netbiblo. La Coruña. España